

— ¡Qué hay, *mi pobre* Birotteau! le dijo con zalamería.

— ¿Pobre? exclamó con orgullo el deudor. Soy muy rico. Dueño de mi cabeza sobre mi almohada esta noche, dormiré satisfecho de haberos pagado.

Estas palabras llenas de honradez, fueron una tortura instantánea para de Tillet. A pesar de la estimación general que le favorecía, él mismo no se estimaba y una voz inextinguible le repetía: « Ese hombre es sublime. »

— ¡Pagarme! ¿Qué negocios hacéis?

Seguro de que de Tillet no repetiría su confianza, el antiguo perfumista dijo:

— No volveré jamás á los negocios, caballero. Ningún poder humano podía prever lo que me ha sucedido. ¿Quién sabe si de nuevo sería víctima de otro Roguin? Pero han enterado al rey de mi conducta, su corazón se ha dignado compadecer mis esfuerzos y me anima enviándome una cantidad bastante importante, que...

— ¿Necesitáis recibo? dijo de Tillet, interrumpiéndole. ¿Pagáis?...

— Todo, y los intereses; os ruego que me acompañéis á dos pasos de aquí, á casa del señor Crottat.

— ¡Ante notario!

— Señor, dijo César; puedo esperar mi rehabilitación, y los documentos auténticos son irrecusables.

— Vamos, dijo de Tillet, saliendo con Birotteau, vamos; está muy cerca. Pero ¿de dónde sacáis tanto dinero? insistió.

— Lo gano con el sudor de mi frente, dijo César.

— Debéis una cantidad enorme á la casa Claparon.

— ¡Ah, sí! Esa es mi mayor deuda; ciertamente creo que moriré con la pena de no poder pagarla.

— No podréis jamás, dijo secamente de Tillet.

— Tiene razón, pensó Birotteau.

El pobre hombre, al volver á su casa, pasó por la calle de San Honorato, distraídamente, porque daba siempre un rodeo para no ver su tienda ni las ventanas de su antigua habitación. Por primera vez después de su desdicha volvió á ver la casa donde diez y ocho años de felicidad habían sido borrados por las angustias de tres meses.

— Creía poder morir en ella, se dijo.

Y apresuró el paso, porque había distinguido la nueva muestra:

CELESTINO CREVEL

SUCESOR DE CÉSAR BIROTTEAU

— Veo visiones... ¿No es Cesarina? exclamó, pareciéndole que había una cabeza rubia asomada á una ventana.

Vió efectivamente á su hija, á su mujer y á Popinot. Los enamorados sabían que Birotteau no pasaba nunca por delante de su antigua casa; é incapaces de imaginar lo que le sucedió, habíanse ido á tomar algunas disposiciones relativas á la fiesta que

pensaban ofrecer á César. Aquella extraña aparición asombró tan vivamente á Birotteau, que se quedó petrificado.

— Ved al señor Birotteau que mira su antigua casa, dijo Molineux al comerciante establecido frente á la *Reina de las Rosas*.

— Pobre hombre, dijo el antiguo vecino del perfumista; ha dado ahí uno de los más ricos bailes... Esperaban en la calle doscientos coches.

— Estuve en el baile; quebró tres meses después, dijo Molineux; he sido el síndico.

Birotteau se fué huyendo; las piernas le temblaban y corrió á casa de su tío Pillereault.

Pillereault, enterado de lo que pasaba en la calle de los Cinco Diamantes, pensó que su sobrino difícilmente resistiría el choque de una dicha tan grande como lo era para él su rehabilitación; testigo á diario de las vicisitudes morales del pobre hombre, siempre aferrado á sus inflexibles doctrinas acerca de las quiebras, comprendía que necesitando para la vida ordinaria todas sus fuerzas, era difícil que pudiera sobreponerse á una emoción grande. El honor era para César un muerto que podía tener su Páscoa de Resurrección. Esta esperanza hacía su dolor más continuado y punzante. Pillereault se encargó de preparar á su sobrino para que recibiera la feliz noticia. Cuando Birotteau entró en casa de su tío, éste calculaba los medios para llegar á su fin. Así la alegría con que el empleado refirió la muestra de interés que el rey le daba, pareció de buen augurio á Pillereault; y el asombro de haber

visto á Cesarina en la *Reina de las Rosas* fué un excelente motivo para entrar en materia.

— ¡Bravo! César, dijo Pillereault; ¿sabes de dónde procede todo esto? De la impaciencia que Popinot tiene para casarse con Cesarina. No quiere y no debe, por tus exageraciones de probidad, dejar pasar su juventud comiendo pan seco y olisqueando una buena comida. Popinot quiere darte los fondos necesarios para el pago íntegro de tus acreedores.

— Compra su mujer, dijo Birotteau.

— ¿No es honroso conseguir la rehabilitación de su suegro?

— Hay mucho que decir. Además...

— Además, dijo el tío fingiendo enfadarse, tú puedes tener el derecho de sacrificarle, pero no querrás sacrificar á tu hija.

Se entabló una viva discusión, que Pillereault alentaba expresamente.

— ¿Y si resultase que Popinot no te presta nada? exclamó Pillereault; si hubiera seguido siempre considerándote su asociado, si contara el dinero entregado á tus acreedores por tu parte en el *Aceite cefálico*, como un adelanto de los beneficios, con el fin de no despojarte?...

— Parecería que, de acuerdo con él, me propuse engañar á mis acreedores.

Pillereault terminó por dejarse convencer por este razonamiento. Conocía bastante el corazón humano para saber que, durante la noche, el hombre digno lucharía consigo pensado en aquello, y la dis-

cusión interior le acostumbraría á la idea de su rehabilitación.

— Pero ¿ por qué, dijo mientras comían, por qué mi mujer y mi hija estaban en mi antigua casa ?

— Anselmo quiere alquilarla para vivir allí con Cesarina. Tu mujer es de su opinión. Sin decirte nada fueron á pedir las amonestaciones, para obligarte á consentir. Popinot dice que sería menos meritorio casarse con Cesarina después de tu rehabilitación. Tomas los seis mil francos del rey, ¡ y no quieres aceptar nada de tus parientes ! Puedo muy bien dar por cobrado lo que me falta cobrar y hacerte recibo ; ¿ me lo rechazarías ?

— No, dijo César, pero eso no me impide seguir economizando para pagaros, á pesar del recibo.

— Todo sutilezas, dijo Pillereault, y en asuntos de probidad debo ser atendido. Ya disparatas. ¿ Cómo es posible suponer que engañas á tus acreedores después de haberles pagado ?

En aquel momento César miró fijamente á Pillereault, y Pillereault se emocionó al ver después de tres años una franca sonrisa animando por la primera vez el entristecido rostro de su sobrino.

— Es verdad, dijo él, todo lo cobrarían... Pero ¡ vendo á mi hija !

— Y yo quiero que me compren, exclamó Cesarina, entrando acompañada de Popinot.

Los dos enamorados habían oído las últimas palabras entrando de puntillas en la antesala de la pequeña habitación de su tío, y la señora Birotteau los seguía. Los tres habían ido en coche á casa de

los acreedores convocándolos para la tarde en la notaría de Alejandro Crottat, donde se preparaban las liquidaciones definitivas. La poderosa lógica del enamorado Popinot triunfó de los escrúpulos de César, quien persistía en llamarse deudor pretendiendo que se burlaba la ley con una renovación de créditos. Pero cesaron los escrúpulos de su conciencia oyendo á Popinot, que decía :

— ¿ Queréis matar á vuestra hija ?

— ¡ Matar á mi hija ! exclamó César como aterrado.

— Bien, dijo Popinot, puedo capitalizaros lo que á mi juicio y en conciencia vale vuestra participación en mi casa. ¿ Me lo rechazaréis ?

— No, dijo César.

— Iremos á la notaría de Alejandro Crottat esta tarde, para que no tengáis tiempo de arrepentiros ; y arreglaremos á la vez nuestro contrato de matrimonio.

Una solicitud de rehabilitación y todos los documentos en su apoyo fueron depositados, por los cuidados de Derville, en el despacho del fiscal del Supremo.

En el mes que duraron las formalidades y las amonestaciones para el matrimonio de Cesarina y Anselmo, Birotteau fué agitado por movimientos febriles. Estaba intranquilo, con miedo de no vivir hasta el dichoso día en que se dictara la sentencia favorable á su rehabilitación. Su corazón palpataba sin motivo, decía él. Se quejaba de dolores sordos en esa entraña tan envejecida por las emo-

ciones dolorosas ; estaba fatigado para una dicha suprema. Las sentencias de rehabilitación son tan raras en París, que apenas se dicta una cada diez años. Para las gentes que toman en serio la sociedad, los preparativos de la justicia tienen mucho de grandioso y grave. Las instituciones dependen enteramente de los sentimientos que á los hombres inspiran y de la grandeza con que las reviste el pensamiento. Así, cuando ya no hay religión sino creencias en un pueblo, cuando la educación primera ha relajado todos los lazos conservadores acostumbrando al niño á un implacable análisis, una nación está disuelta, no formando ya un cuerpo más que por las innobles soldaduras del interés material, por las órdenes del culto que crea el egoísmo bien entendido. Nutrido de ideas religiosas, Birotteau aceptaba la justicia por lo que debía ser á los ojos de los hombres, una representación de la sociedad misma, una augusta expresión de la ley consentida, independiente de la forma bajo la cual ella se produce; cuanto más viejo, quebrantado, encanecido es el magistrado, más solemne, resulta el ejercicio de su sacerdocio, que exige un estudio tan profundo de los hombres y de las cosas, que sacrifica el corazón endureciéndole á la tutela de los intereses palpitantes. Son raros los hombres que no suben sin vivas emociones la escalera del Supremo, en el antiguo Palacio de Justicia, en París, y el antiguo comerciante era uno de estos hombres. Pocas personas han observado la solemnidad majestuosa de aquella escalera tan bien situada para producir el

efecto : se encuentra en lo alto del peristilo exterior que adorna el patio del Palacio, y su puerta está en medio de una galería que conduce por un lado á la inmensa sala de espera, por el otro á la Santa Capilla : dos monumentos que empequeñecen todo lo que hay á su alrededor. La iglesia de San Luis es uno de los más imponentes edificios de París, y su contorno tiene algo de sombrío y de romántico en el fondo de esta galería. La gran sala de espera ofrece, por el contrario, una perspectiva luminosa, y es difícil de olvidar que la historia de Francia está unida á esta sala. La escalera debe tener, pues, algún carácter suficientemente grandioso para no ser anulada por estas dos magnificencias. Tal vez el alma se haya conmovido al aspecto del sitio donde se ejecutan las sentencias, visto á través de las suntuosas rejas del palacio. La escalera termina en una sala inmensa, antecámara de aquella donde se celebran las vistas de asuntos civiles y que forma la sala de espera del Tribunal. Juzgad qué emociones debió experimentar el quebrado que fué naturalmente impresionado por estos accesorios, subiendo entre sus amigos. Lebás, entonces presidente del Tribunal de comercio ; Camusot, su antiguo juez-comisario ; Ragón, su principal ; el padre Loraux, su confesor. El santo sacerdote hizo resaltar aquellos esplendores humanos con una reflexión que los presentaba todavía más imponentes á los ojos de César. Pillereault, el filósofo práctico, había procurado exagerar anticipadamente la alegría de su sobrino para sustraerle á los peligros de los aconte-

cimientos imprevistos de la fiesta. Mientras el antiguo comerciante acababa de vestirse, vió llegar á sus amigos verdaderos que tenían á honor el acompañarle. El cortejo demostró en casa del buen hombre una satisfacción que le produjo la exaltación necesaria para soportar el espectáculo imponente del tribunal. Birotteau encontró á otros amigos reunidos en la sala de las audiencias solemnes, donde había una docena de consejeros.

El abogado de Birotteau hizo su exposición en breves palabras. A una seña del primer presidente, el abogado fiscal, invitado á exponer sus conclusiones, se levantó. En nombre de la Sala, el fiscal del Supremo, el hombre que representa la vindicta pública, iba á pedir que se devolviera el honor al comerciante que no había hecho más que empañarle : pura fórmula, porque el condenado era por todos conceptos digno de ser indultado. Las personas de corazón pueden imaginar las emociones de Birotteau, al oír el discurso pronunciado por el señor de Granville, que á continuación extractamos :

« Señores, dijo el célebre magistrado : el 16 de enero de 1820, Birotteau fué declarado en quiebra por una providencia del Tribunal de comercio del Sena. La liquidación forzosa no era ocasionada ni por la imprudencia de este comerciante, ni por falsas especulaciones, ni por ningún motivo que pudiera empañar su honor. Sentimos la necesidad de decirlo muy alto : la desgracia fué producida por uno de esos desastres que se repiten con gran dolor de la justicia y de la villa de París. Estaba

reservado á nuestro siglo, en el que fermentará largo tiempo todavía la mala semilla de las costumbres y de las ideas revolucionarias, ver al notariado de París apartándose de las gloriosas tradiciones de los siglos precedentes y produciendo en algunos años tantas quiebras como no se han registrado en dos siglos, bajo la antigua monarquía. ¡ La sed del oro rápidamente adquirido ha tentado á los representantes de la ley, á los oficiales ministeriales, tutores de la fortuna pública, magistrados intermedios ! »

(En una parte de su discurso, para obedecer á las necesidades de su cargo, el conde de Granville encontró el medio de recriminar á los liberales, á los bonapartistas y á los demas enemigos del trono. Los sucesos han demostrado que tenía razón en sus consideraciones.)

« La fuga de un notario de París, llevándose los fondos depositados en su casa por Birotteau, fué suficiente para producir la ruina, prosiguió. El Tribunal ha dictado en este asunto una sentencia que prueba hasta qué extremo la confianza de los clientes de Roguin, fué indignamente burlada. Hubo un convenio. Haremos observar en honor del solicitante que sus operaciones han sido admiradas por una pureza que no aparece nunca en las quiebras escandalosas que afligen diariamente al comercio de París. Los acreedores de Birotteau encontraron hasta los menores objetos que el infortunado poseía. Han encontrado, señores, sus ropas, sus alhajas, sus muebles, todos los enseres de uso puramente

personal, no solamente los suyos, sino también los de su esposa, que renunció á todos sus derechos para aumentar el activo. Birotteau en tales circunstancias se ha hecho digno de la consideración que le habían valido sus funciones municipales; porque era entonces teniente alcalde del segundo distrito y acababa de recibir la condecoración de la Legión de Honor, concedida, tanto á su abnegación monárquica que le hizo luchar en Vendimiaro, sobre las gradas de San Roque entonces teñidas con su sangre, como al magistrado consular estimado por sus conocimientos, querido por su espíritu conciliador, y al modesto concejal que acababa de rehuir los honores de la Alcaldía indicando á uno que juzgaba más digno, el honorable barón de la Billardière, noble vendeano, á quien empezó á estimar en los días de infortunio. »

— Esta frase es mejor que la mía, dijo César al oído de su tío Pillereault.

« Los acreedores encontraron un sesenta por ciento de sus créditos por el abandono que hacían el comerciante, su mujer y su hija de lo que poseyeron, y consignaron una muestra de su estimación hacia el deudor, en el convenio, con arreglo al cual rebajaban el resto de sus créditos. Estos testimonios se recomiendan á la atención del tribunal por la manera como están concebidos. »

Aquí, el fiscal del Supremo leyó los considerandos del convenio.

« En presencia de tan benévolas disposiciones, señores, muchos comerciantes hubieran podido

creerse libertados y hubieran aparecido con altivez en la plaza pública. Lejos de esto, Birotteau, sin dejarse abatir, formó en su conciencia el proyecto de llegar al día glorioso que alborea hoy para él. Todo lo sacrificó. Habiéndole concedido nuestro soberano rey un empleo, destinaba sus honorarios íntegros á sus acreedores, sin tomar ni un céntimo para sus necesidades, porque no le han faltado, por fortuna, las atenciones de la familia... »

Birotteau estrechaba la mano de su tío llorando.

« Su mujer y su hija depositaban en el tesoro común el fruto de su trabajo; habían hecho suyo el noble pensamiento de Birotteau. Cada uno de ellos descendía de su posición para ocupar otra inferior. Estos sacrificios, señores, deben ser altamente honrados; son los más difíciles de hacer. He aquí cuál era la obligación que Birotteau se había impuesto. »

Aquí, el fiscal del Supremo leyó el resumen del balance, con las deudas restantes, y los nombres de los acreedores.

« Cada una de estas cantidades, mas los intereses, ha sido satisfecha, señores, no mediante recibos privados que requieren una severa información, sino por escrituras notariales, con las que la rectitud del tribunal no será sorprendida, y que no ha impedido á los magistrados cumplir con su deber, procediendo á la información exigida por la ley. Devolveréis á Birotteau, no el honor que no había perdido, sino los derechos de que se encontraba privado, y haréis justicia. Semejantes espectáculos

son tan raros en vuestra audiencia, que no podemos dejar de aplaudir la conducta del solicitante, á quien ya protecciones augustas habian alentado.»

Después leyó sus conclusiones de fórmula en estilo curial.

El tribunal deliberó sin retirarse, y el presidente se levantó para pronunciar la sentencia.

« El tribunal, dijo terminando, me ruega que haga presente á Birotteau la satisfacción que siente al dictar esta sentencia. Escribano, pasad á la causa siguiente. »

Birotteau, ya revestido con el caftán de honor de que le cubrieron las frases del ilustre fiscal del Supremo, fué agradable y vivamente impresionado por la frase solemne del primer presidente del primer tribunal de Francia, que acusaba palpitaciones en el corazón de la impasible justicia humana. No pudo abandonar su puesto, como si le hubieren clavado allí, mirando con expresión embobada á los magistrados, creyéndolos ángeles que le abrían de nuevo las puertas de la vida social. Su tío, cogiéndole de un brazo, le sacó de la sala. César, que no había obedecido á Luis XVIII, entonces maquinalmente se puso las insignias de la Legión de Honor en su ojal; en seguida vióse rodeado por sus amigos y llevado en triunfo hasta el coche.

— ¿ A dónde vamos, amigos míos ? dijo á José Lebás, á Pillereault y á Ragón.

— A vuestra casa.

— No, son las tres; quiero entrar en la Bolsa á ejercer mi derecho.

— A la Bolsa, dijo Pillereault al cochero, haciendo una seña expresiva á Lebás, porque observaba en el rehabilitado síntomas alarmantes y temía que se volviera loco.

El antiguo perfumista entró en la Bolsa del brazo de su tío y de Lebás, dos comerciantes venerados. Su rehabilitación era conocida. La primera persona que vió á los tres comerciantes seguidos por el anciano Ragón, fué de Tillet.

— ¡ Ah ! mi querido principal, me satisface saber que salisteis adelante. Tal vez yo haya contribuido á tan feliz resultado por la facilidad con que me dejé arrancar una pluma del ala por el joven Popinot. Me alegra vuestra dicha como si fuese mía.

— Es del único modo que puede alegraros, dijo Pillereault. Nunca os veréis en este caso.

— ¿ Con qué intención lo decís, caballero ? preguntó de Tillet.

— ¡ Caramba ! Con la mejor intención, dijo Lebás, sonriendo de la maliciosa venganza de Pillereault, que sin conocer sus manejos, veía en aquel hombre un malvado.

Matifat, reconoció á Cesar. En seguida, los comerciantes más reputados rodearon al antiguo perfumista y le hicieron una ovación bursátil; recibió las atenciones más lisonjeras, apretones de manos que revelaban muchas envidias y algunos remordimientos, por que de cien personas que andaban por allí, más de cincuenta habían liquidado. Gigonnet y Gobseck, que hablaban en un rincón, miraron al virtuoso perfumista como los fisi-

cos debieron mirar el primer *gimnoto eléctrico* que les fué presentado. Este pescado armado de la potencia de una botella de Leiden, es la mayor curiosidad del reino animal. Después de haber aspirado el incienso de su triunfo, César volvió al coche que se puso en marcha para llevarle á su casa, donde debía firmar el contrato de matrimonio de su adorada Cesarina y del desinteresado Popinot. Reía nerviosamente, y esto preocupó á sus tres amigos viejos.

Un defecto de la juventud, consiste en creer que todo el mundo está fuerte como ella, defecto que depende de sus cualidades; en lugar de ver los hombres y las cosas, usando para esto anteojos, los colorea con los reflejos de su llama, proyecta su exceso de vida hasta sobre los ancianos. Como César y Constanza, Popinot, conservaba en su memoria una fastuosa imagen del baile dado por Birotteau. Durante los tres años de sacrificios, Constanza y César, sin atreverse á decírselo, habían oído con frecuencia la orquesta de Collinet, viendo el conjunto brillante, saboreando aquel goce, tan cruelmente castigado, como Adán y Eva debieron pensar á veces en el fruto prohibido que dió la muerte y la vida á toda su posteridad, porque parece que la reproducción de los ángeles es uno de los misterios del cielo. Pero Popinot podía soñar con aquella fiesta sin remordimiento y entre delicias; Cesarina, en todo su esplendor, se había prometido á él, pobre. Durante la velada, había adquirido el convencimiento de ser amado sinceramen-

te. Así, pues, cuando hizo suyas las habitaciones restauradas por Grindot, conviniéndose con Celestino, estipulando que todo permanecería intacto allí, cuando pudo conservar religiosamente hasta los más pequeños objetos pertenecientes á César y Constanza, soñó con dar su baile, un baile de boda. Había preparado la fiesta con amor, imitando á su principal solamente en los gastos necesarios y no en las locuras; las locuras estaban hechas. Así, pues, la comida debía servirla Chevet y los convidados serían casi los mismos. El padre Loraux, reemplazaría al gran canciller de la Legión de Honor; el presidente del Tribunal de comercio, Lebás, no faltaría. Popinot invitaba al señor Camusot, en agradecimiento de las atenciones que había prodigado á Birotteau. El señor de Vaudenesse y el señor de Fontaine, asistirían en lugar de Roguin y su esposa. Cesarina y Popinot habían distribuido con discernimiento sus invitaciones para el baile. Los dos temían igualmente la publicidad de una boda; habían evitado los rozamientos que molestan á los corazones tiernos y puros, y pensaban dar el baile el día del contrato. Constanza había encontrado nuevamente aquel traje de color cereza con el cual durante un solo día brilló esplendidamente, con brillo muy fugaz. Cesarina se había complacido en dar á Popinot la sorpresa de presentarse con el mismo traje de baile del cual Anselmo hablaba tantas veces. Así la casa ofrecería á Birotteau el espectáculo encantador saboreado durante una sola noche. Ni Constanza, ni Cesarina, ni Anselmo sos-

pechaban el peligro en que ponían á Birotteau con aquella enorme sorpresa, y aguardaban las cuatro de la tarde con alegría infantil.

Después de las emociones inexplicables que acababa de producirle su visita á la Bolsa, aquel héroe de la probidad comercial sentiría la emoción de la sorpresa que le aguardaba en la calle de Saint-Honoré. Cuando al entrar en su antigua casa vió al pie de la escalera, conservada intacta, á su mujer vestida de terciopelo color cereza, á Cesarina, al conde de Fontaine, al vizconde de Vaude- nesse, al barón de la Billardiére, al ilustre Vau- quelin, cubrió sus ojos un ligero velo, y su tío Pillereault, que le daba el brazo, sintió un escalofrío interior.

— Es demasiado, dijo el filósofo al amante Anselmo; no podrá resistir tanta emoción.

La alegría era tan intensa en todos los corazones, que á nadie preocupaba la profunda emoción de César. Al encontrarse de nuevo en su casa, y al verse en su salón, con sus invitados, entre los cuales había mujeres en traje de baile, de pronto, el heroico final de la gran sinfonía de Beethoven estalló en su cabeza y en su corazón. Aquella música ideal irradió, chisporroteó en todos los mundos, hizo sonar sus clarines en las membranas de aquel cerebro fatigado, que llegaba también á su heroico fin.

Agobiado por aquella armonía interior, cogiéndose al brazo de su mujer, le dijo al oído con voz ahogada por una ola de sangre contenida :

— ¡ No estoy bien !

Constanza se asustó y condujo á su marido á su alcoba á donde Birotteau llegó difícilmente, y dejándose caer sobre una butaca, dijo :

— ¡ Señor Haudry, padre Loraux !

El padre Loraux entró, seguido por algunos invitados entre los cuales había señoras en traje de baile; todos se detuvieron, agrupándose, asombrados. En presencia de aquella brillante sociedad, César oprimió la mano de su confesor, apoyando la cabeza sobre el pecho de su esposa arrodillada. Se le había roto ya un vaso del pecho y, por añadidura, el aneurisma sofocaba su postrer aliento.

— Esta es la muerte del justo, dijo el sacerdote con voz grave señalando á César, con uno de esos ademanes divinos que Rembrandt ha sabido interpretar en su cuadro del *Cristo resucitando á Lázaro*.

Jesús ordena á la tierra que devuelva su presa : el santo sacerdote recomienda al cielo un mártir de la probidad comercial para que lo premie con la gloria eterna.

París, noviembre y diciembre de 1837.

INSTITUTO DE CIENCIAS
SOCIALES. MEXICO, D.F